

D. JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO.

EN LA MUERTE DE MARÍA ANTONIA DE BORBÓN,

PRINCESA DE ASTURIAS.

¡Señor! ¡Señor! el pueblo que te adora,
Bajo el peso oprimido
De tu cólera santa, gime y llora.
Ya no hay más resistir: la débil caña
Que fácil va y se mece,
Cuando sus alas bate el manso viento,
Se sacude, se quiebra, desaparece
Al recio soplo de huracán violento:
Así tu ira, Señor, bajo las formas
De asoladora peste, y hambre y guerra,
Se derramó por la infeliz España.
Y aquella que llenó toda la tierra
Con hazañas tan dignas de memoria,
En sus débiles hombros ya ni puede
Sostener el cadáver de su gloria;
Y la que un tiempo reina se decía
De uno y otro hemisferio,
Y vió besar su planta y pedir leyes
Á los pueblos humildes y á los reyes,
Llora cual una esclava en cautiverio.
Y en medio á tantos males
¿Olvidas tus cuidados paternos,
Olvidas tu piedad, y hasta nos robas
La más dulce esperanza

En la amable Princesa,
Dechado de virtud y de belleza?..... (1)

¡Oh memorable día
Aquel en que la grande Barcelona,
Saltando el noble pecho de alegría,
Y ufana y orgullosa
Al verse de sus Réyes visitada,
Vió la mar espumosa
Besar su alta muralla,
Y deponer después sobre su playa,
Ante el inmenso pueblo que esperaba,
El precioso tesoro
Que la bella Parténope mandaba!
Y entre las salvas y festivos vivas
La augusta joven pisa ya la tierra,
Que devota, algún día,
Reina, Señora y Madre le diría.
Ni se sacian los ojos de mirarla,
Y nadie puede verla sin amarla.
Llena de noble agrado, y apacible,
Y fácil y accesible,
Siembra amor por doquier. Llega y conquista:
Todos los corazones son ya suyos.....
¡Malograda Princesa!
No has muerto sin reinar. Un pueblo entero
Libre te ha obedecido:
Que quien ama obedece,
Y sólo amor merece
Lo que no puede el oro ni el acero.

¿Dó están las esperanzas, madre España,
Las altas esperanzas que formaste,
Cuando las bellas ramas
De un mismo excelso tronco entrelazaste?
¿Dó los tiernos pimpollos
Que el tálamo real brotar debiera,

(1) Rima falsa por defecto de pronunciación americana.

Por cuyas venas la gloriosa sangre
Del domador de Nápoles corriera;
Que de su gloria y nombres herederos,
Y á la sombra del trono
Del grande Carlos y la amable Luisa,
Crecieran, se elevaran
Y feliz perpetuaran
La sucesión de Reyes piadosos,
Benéficos y bravos y guerreros,
Y padres de la patria verdaderos?
¿Dó, España, fueron tus ardientes votos,
Que ante el altar postrada,
La noble faz bañada
En lágrimas de gozo
En día tan dichoso
Al cielo religiosa dirigiste?

Señor, ensordeciste
Á su clamor, y á su llorar cegaste,
Y los ojos tornaste
Llenos de indignación: tembló la tierra
Y los cielos temblaron;
Todos los elementos cruda guerra
Entre sí concitaron:
Rómpele el aire en rayos encendido;
Retumba en torno el trueno estrepitoso;
El viento enfurecido
Silba, conturba el mar, y las escuadras
En su arduo combatir, van y se chocan,
Ciegas se mezclan, se destrozan luego,
Y al fondo de la mar de sangre y fuego,
Como la piedra, bajan, desaparecen.
Todos, todos perecen
Confundidos sin gloria y sin venganza;
Y tu ira sólo triunfa. Después llamas
Al ángel de la muerte, y le señalas
La digna primogénita de Iberia.
Él se alza, y reverente,
Velada de temor su faz gloriosa

Con las brillantes alas,
Te oye y ciñe la espada reluciente,
Del Egipto á los hijos ominosa,
De su sangre aún teñida,
Y vuela á obedecerte.....
Hiere, y cae la víctima inocente;
Víctima de expiación de tus pecados,
España delincuente;
Y herida cae de aquella misma espada
Con que una infiel nación fué castigada;
Que al Todopoderoso
Es altamente odioso,
Quizá más que el infiel, un pueblo ingrato.

En tanto ya los males y dolores,
Soldados indolentes que militan
Bajo el pendón sombrío de la muerte,
Volteando en torno de la real cabeza
Una tan cara vida amenazaron.
Sus ojos se anublaron;
Sobre sus labios la sonrisa muere:
Y se sienta la pálida tristeza
En los ojos, que fueron
El trono del amor y de las gracias;
Y su pecho, en que ardía
La viva y casta llama de Fernando,
Se fatiga, se oprime..... Un mismo día
Ha visto nuestra dicha
Nacer, crecer, morir; y fué la noche
De tan alegre día,
La noche de la tumba obscura y fría.

En vano ¡ay! cuán en vano
Agotó el arte humano
Su saber, su poder..... El alto cielo
Su decreto de muerte dió..... y el ángel
Libertador de Isaac retardó el vuelo.

Cumana Profetisa,
Que desde tu honda y misteriosa cueva,
De furor agitada,
Y en éxtasis sublime enajenada,
Oráculos terribles revelaste,
¿Por qué no levantaste
De la tumba, do yaces tantos siglos,
La venerable frente;
Y la sagrada lengua desatando,
Por qué no presentaste
Los imperios caídos,
Y los cetros rotos
Sobre el sepulcro triste y pavoroso?
¿Y por qué no turbaste
El gozo de tu Nápoles (cantando
El funeral destino que arrastraba
Á las playas ibéricas su hija),
Cuando fió á las olas
La Reina de las gentes españolas?
Y el luto de tu patria, ó nunca fuera,
Ó ya previsto el mal, menos le hiriera.

Y tú, que ya cortados
Los lazos que te unían
Al trono, y á la vida y á Fernando,
Y tu esfuerzo á los cielos contenían,
Te elevaste segura,
Cual llama hermosa y pura,
Del pábulo terrestre desprendida;
Ve á la mísera España
Al extremo dolor abandonada,
El real manto rugado,
La negra cabellera deslizada,
Y ceñida la frente
De jacinto al ciprés entrelazado,
Gemir sobre tu losa. Y los gemidos
Su hija América oyendo, también gime;
Y triste y desolada
Así suelta la voz apesurada:

«¡Oh qué imprevisto golpe
Mi herido corazón de nuevo hierel!.....
Vi el monstruo de la guerra,
Ya en el antiguo mundo no cabiendo,
Nadar, romper los mares tormentosos,
Y á su terrible aspecto, á su bramido
Espavorida retemblar mi tierra ;
Y vi la planta impura
Del infido Bretón y codicioso,
En presencia del cielo
Manchar mi casto y religioso suelo ;
Vi mis campos talados ;
Vi profanar mis templos, mis altares ;
Vi á mis hijos morir..... ¡hijos amados!.....
Por su patria, su rey, su Dios armados,
Cuyas manos valientes
Sólo al morir soltaron el acero
Bañado en sangre y gloria; único alivio
De esta viuda infeliz..... ¡Carlos! mis hijos
Murieron, ¡ay!..... no mueran sin venganza;
Que si vencer los fuertes no pudieron,
Lidiar al menos y morir supieron.»

Suspende, amada patria, tus querellas;
Sígueme, que en las alas
Del rayo impetuosas,
Cual la reina del aire,
Me lanzo á las mansiones venturosas.
Las puertas eternas de imprevisto
Se abrieron..... ¿Oyes tú el armonioso,
Arrebatado canto
Que en torno suena del Cordero santo?
¿Y entre el sublime y resonante coro,
Cuál se alza fervorosa
De Antonia la oración, y cuál ofrece
Su juventud, su vida, su martirio,
Por los males del pueblo que ama tanto?
Ve ya del trono santo
Bajar entre inefables resplandores

La mirada de paz, y el rayo ardiente
Caerse de la diestra omnipotente.

Y tú, alado ministro de venganza,
Tú que segaste en flor nuestra esperanza,
Vé á decir á los pueblos enemigos
Que la ira celestial se ha serenado;
Que ya el Señor nos llama sus amigos;
Que él sólo nuestra fuerza quebrantaba ;
Que hoy su poder conforta nuestro brazo:
Dí que tiemblen; que somos invencibles,
Y que el León ibero,
La su crespa melena
Erizada, ya rota la cadena,
Rugirá, y al rugido
Huyendo el insular precipitado
Por sus ingratas olas,
El gran tridente soltará, usurpado,
En las tendidas playas españolas.

(1807.)

Á UN AMIGO

EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMOGÉNITO.

¡Tanto bien es vivir, que presurosos
Deudos y amigos plácidos rodean
La cuna del que nace,
Y en versos numerosos
Con felices pronósticos recrean
La ilusión paternal! Uno la frente
Besa del inocente,
Y en ella lee su próspero destino;
Otro, ingenio divino,
Sed de saber y fama
Y de amor patrio la celeste llama

Ve en sus ojos arder ; y la ternura,
El candor y piedad otro divisa
En su graciosa y plácida sonrisa.

¿ Pero será feliz, ó serán tantas
Hermosas esperanzas ilusiones?
Ilusiones, Risel. Ese agraciado
Niño, tu amor y tu embeleso ahora,
Hombre nace á miseria condenado.
Vanos títulos son para librarle
Su fortuna, su nombre.
¿ Mas qué hablo yo de nombre y de fortuna,
Si la misma virtud y sus talentos
Serán en estos malhadados días
Un crimen sin perdón?..... La moral pura,
La simple, la veraz filosofía,
Y tus leyes seguir, madre natura,
Impiedad se dirá: rasgar el velo
Que la superstición, la hipocresía
Tienden á la maldad: decir que el cielo
Límites ciertos al poder prescribe
Como á la mar: y que la mar insana
Menos desobediente
Es al alto decreto omnipotente,
Impiedad..... sedición..... Por toda parte
La frente erguida el vicio se pasea
Llevando por divisa «audacia y arte».
Tienta, seduce, inflama;
Ni oro ni afán perdona,
Da á la maldad por galardón la fama,
Se atreve á todo, y triunfa y se corona.

¡ Qué escenas, Dios, qué ejemplos! ¡ qué peligros!
¿ Y es tanto bien vivir? ¡ Siquiera el cielo
Á más serenos días retardara,
¡ Oh niño, tu nacer! que ahora sólo
El indigno espectáculo te espera
De una patria en mil partes lacerada,
Sangre filial brotando por doquiera;

Y crinada de sierpes silbadoras
La discordia indignada
Sacudiendo, cual furia horrible y fea,
Su pestilente y ominosa tea.

¡ Oh, si te fuera dado al seno obscuro,
Pero dulce y seguro,
De la nada tornar..... y de este hermoso
Y vivífico sol, alma del mundo,
No volver á la luz, sino allá cuando,
Ceñida en lauro de victoria, ostente
La dulce patria su radiosa frente,
Y cuando el astro del saber termine
Su conocido giro al Occidente;
Y el culto del arado y de las artes,
Más preciosas que el oro,
Haga reflorar, en lustre eterno,
Candor, riqueza y nacional decoro;
Y leyes de virtud y amor dictando,
En lazo federal las gentes todas
Adune la alma paz, y se amen todas.....
Y, ¡ oh triunfo! derrocados
Caigan al hondo abismo
Error, odio civil y fanatismo!

Traed, cielos, en ala presurosa
Este de expectación hermoso día.
Entretanto, Risel, cauto refrena
El vuelo de esperanza y de alegría.
¡ Oh, cuántas veces una flor graciosa
Que al primer rayo matinal se abría,
Y gloria del verjel la proclamaba
La turba de los hijos de la Aurora,
Y algún tierno amador la destinaba
Á morir perfumando el casto seno
De la más bella y más feliz pastora;
Oh, cuántas veces mustia y desmayada
No llega á ver el sol! ¡ que de improvisito
La abrasa el hielo, el viento la deshoja,

Ó quizá hollada por la planta impura
De una bestia feroz ve su hermosura!

Empero tu deber, Risel amado,
Ya que te ves alzado
Á la sublime dignidad de padre,
Te manda no temer; antes el fuerte
Pecho contraponer á la violenta
Avenida del mal y de la suerte.
Virtud, ingenio tienes. Sirva todo,
No sólo á dirigir la índole tierna
De tu hijo al bien, que en desunión eterna
Está con la ambición y la mentira,
Sino á purificar en algún modo
El aire infecto que doquier respira.
Aprenda de tu ejemplo
Prudencia, no doblez; valor, no audacia;
Moderación en próspera fortuna,
Constante dignidad en la desgracia.
Porque cuando en el monte se embravece
Hórrida tempestad, el flaco arbusto
Trabajado del ábrego perece,
Mas al humilde suelo nunca inclina
Su excelsa frente la robusta encina;
Antes allá en las nubes señorea
Los elementos en su guerra impía
Y al fulgurante rayo desafía.

Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso
Corazón es el ara
Del amor conyugal y la ternura;
Que por seguir y consolar tu esposo,
En tabla mal segura
Osaste hollar con varonil denuedo
Mares por sus naufragios tan famosas,
Y cortés más que mares procelosas;
Tú, que aun en medio del dolor serena,
Viste abrirse á tus pies la tumba oscura,
Ni asomada á tu abismo te espantaste;

Y ansiedad y amargura,
En los pesares sólo,
Mal merecidos, de Risel mostraste,
Ó cuando el tierno pecho te asaltaba
Dulce memoria de la patria ausente;
¡Oh! entonces no sabías
Que al volver á tu patria y tus amigos
En premio el cielo á tu virtud guardaba
Lo que negó á diez años de deseos,
Y que madre á tu madre abrazarías.

Gózate para siempre, amiga mía;
Huyó la nube en tempestad preñada,
Y te amanece bonancible día.
Gózate, tierna amiga, para siempre:
Éste, éste de la patria el caro suelo,
Éste su dulce y apacible cielo,
Éstos tus lares son. ¿Por qué suspiras?
No es ya mentido sueño lo que miras.....
Esa que tierna abrazas es tu madre;
Tú, más feliz que yo, tu madre abrazas.....
Mientras yo, ¡desdichado!,
Que una ventura igual me prometía,
Sólo en la tumba abrazaré la mía.

Tú, sé feliz, y goza ya, segura
De sobresalto fiero,
Inefable delicia en el cariño
De este precioso niño,
Primera prenda de tu amor primero.

Paréceme mirarte embebecida
En sus ingenuas y festivas gracias;
Y, cuando más absorta, de improviso
Una lágrima ardiente
De tus ojos brotar..... el inocente,
Cual si entendiera lo que entonces piensas,
Las manecitas cariñosas tiende,
Abre en sonrisa la encarnada boca

Y el dulce beso maternal provoca.
Bésale veces mil, y esta dulzura
Divide con Risel. Sabia natura
No te formó, al nacer, amable, hermosa,
Sino para ser madre y ser esposa.

Y tú, querido infante, que ignorando
Cuál será tu destino, en la dorada
Blanda cuna te meces,
Y agraciado sonríes,
Ó ledó te adormeces;
Ya que mirar la luz te ha dado el cielo,
Vive, florece; y tus amigos vean
Que en honor y consuelo
De tu familia y de tu patria creces.

Sigue como tus padres alentado
De la virtud la senda,
Y nada temas; que en cualquier estado
Vive el hombre de bien serenamente
Á una y otra fortuna preparado,
Y libre, ó en cadena, y aun ya alzada
Sobre su cuello la funesta espada,
En noble impavidez antes la frente
Á la ceñuda adversidad humilla,
Que á un risueño tirano la rodilla.

(1817.)

LA VICTORIA DE JUNÍN.

CANTO Á BOLÍVAR.

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre,
Que más feroz que nunca amenazaba
Á sangre y fuego eterna servidumbre;
Y el canto de victoria
Que en ecos mil discurre, ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman á BOLÍVAR en la tierra
Árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
El arte humano osado levantaba
Para hablar á los siglos y naciones;
Templós, do esclavas manos
Deificaban en pompa á sus tiranos,
Ludibrio son del tiempo, que con su ala
Débil las toca, y las derriba al suelo,
Después que en fácil juego el fugaz viento
Borró sus mentirosas inscripciones;
Y bajo los escombros confundido
Entre las sombras del eterno olvido
¡Oh de ambición y de miseria ejemplo!
El sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
Á la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes..... las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando,
Jamás se moverán. Ellos, burlando
De ajena envidia y del protervo tiempo
La furia y el poder, serán eternos
De libertad y de victoria heraldos,
Que con eco profundo
Á la postrera edad dirán del mundo:
«Nosotros vimos de Junín el campo;
Vimos que al desplegarse

Del Perú y de Colombia las banderas,
Se turban las legiones altaneras,
Huye el fiero español despavorido,
Ó pide paz rendido.
Venció BOLÍVAR: el Perú fué libre;
Y en triunfal pompa Libertad sagrada
En el templo del Sol fué colocada.

¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discorde són. ¿Quién me liberta
Del dios que me fatiga?.....
Siento unas veces la rebelde musa,
Cual bacante en furor, vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
Ó sola por las selvas silenciosas
Ó las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes, y de allí descende
Al campo de Junín, y, ardiendo en ira,
Los numerosos escuadrones mira,
Que el odiado pendón de España arbolan;
Y en cristado morrión y peto armada,
Cual amazona fiera,
Se mezcla entre las filas la primera
De todos los guerreros,
Y á combatir con ellos se adelanta,
Triunfa con ellos y sus triunfos canta:

Tal en los siglos de virtud y gloria,
Cuando el guerrero sólo y el poeta
Eran dignos de honor y de memoria,
La musa audaz de Píndaro divino,
Cual intrépido atleta,
En inmortal porfía
Al griego estadio concurrir solía;
Y en estro hirviendo y en amor de fama,

Y del metro y del número impaciente,
Pulsa su lira de oro sonora,
Y alto asiento concede entre los dioses
Al que fuera en la lid más valeroso,
Ó al más afortunado.
Pero luego, envidiosa
De la inmortalidad que les ha dado,
Ciega se lanza al circo polvoroso,
Las alas rapidísimas agita,
Y al carro vencedor se precipita;
Y desatando armónicos raudales,
Pide, disputa, gana,
Ó arrebata la palma á sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junín domina?
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
Del combatir y del vencer desina?
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y á los más bravos á morir condena,
Cual águila caudal que se complace
Del alto cielo en divisar su presa,
Que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya descende
Pronto y apercebido á la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda: el brillo de su espada
Es el vivo reflejo de su gloria;
Su voz un trueno; su mirada un rayo.
¿Quién aquel que, al trabarse la batalla,
Ufano como nuncio de victoria,
Un corcel impetuoso fatigando,
Discurre sin cesar por toda parte?.....
¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,
Mirad allí los duros opresores
De vuestra patria. Bravos colombianos,

En cien crudas batallas vencedores,
Mirad allí los enemigos fieros
Que buscando venís desde Orinoco:
Suya es la fuerza, y el valor es vuestro,
Vuestra será la gloria;
Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria.
Acometed: que siempre
De quien se atreve más el triunfo ha sido:
Quien no espera vencer, ya está vencido.»

Dice; y al punto, cual fugaces carros
Que, dada la señal, parten, y en densos
De arena y polvo torbellinos ruedan,
Arden los ejes, se estremece el suelo,
Estrépito confuso asorda el cielo,
Y en medio del afán cada cual teme
Que los demás adelantarse puedan;
Así los ordenados escuadrones,
Que del iris reflejan los colores
Ó la imagen del sol en sus pendones,
Se avanzan á la lid. ¡Oh! ¡quién temiera
Que sú ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! no, jamás; que en la pelea
Los arrastra y anima é importuna
De BÓLÍVAR el genio y la fortuna.
Llama improviso al bravo Necochea,
Y mostrándole el campo,
Partir, acometer, vencer le manda.
Y el guerrero esforzado,
Otra vez vencedor, y otra cantado,
Dentro en el corazón por patria jura
Cumplir la orden fatal, y á la victoria
Ó á noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando;
Y el son de las trompetas clamoroso,

Y el relinchar del alazán fogoso
Que, erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
En bélico furor salta impaciente
Do más se encruelece la pelea;
Y el silbo de las balas que, rasgando
El aire, llevan por doquier la muerte;
Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros
Que al sol reflectan sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
Ó en torrentes de sangre arrebatados;
Y el violento tropel de los guerreros
Que, más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado,
Mueren, mas no se rinden.....; todo anuncia
Que el momento ha llegado,
En el gran libro del destino escrito,
De la venganza al PUEBLO AMERICANO,
De mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,
Hijas del negro averno, me inflamara,
Y mi pecho y mi musa enardeciera
En tartáreo furor, del león de España,
Al ver dudoso el triunfo, me atreviera
Á pintar el rencor y horrible saña.
Ruge atroz, y cobrando
Más fuerza en su despecho, se abalanza,
Abriéndose ancha calle entre las haces
Por medio el fuego y contrapuestas lanzas;
Rayos respira, mortandad y estrago,
Y sin pararse á devorar la presa,
Prosigue en su furor, y en cada huella
Deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el argentino valeroso
Recuerda que vencer se le ha mandado;
Y no ya cual caudillo, cual soldado